

“FAR, Montoneros, son nuestros compañeros”. La guerrilla peronista y dos formas alternativas de presentarse en sociedad

“FAR, Montoneros, son nuestros compañeros”. *The Peronist guerrilla and two alternative ways of making their public appearance*

Carlos Ignacio CUSTER

Instituto Ravnigani-Universidad de Buenos Aires/CEHTI

RESUMEN

El propósito de este trabajo es indagar, en clave comparativa, las formas en que Montoneros y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) efectuaron sus apariciones públicas. Estas se conformaron en base a tres elementos diversos: el hecho armado por medio del cual se dieron a conocer, la enunciación que formularon en ese momento y el relato de origen que hicieron público. La parte inicial está dedicada a analizar las dos primeras cuestiones, mientras que la segunda está destinada a examinar las referencias que hicieron sobre su proceso formativo ambas organizaciones. Finalmente, abordaremos la visión militante a fin de determinar si las diferentes formas de presentarse en sociedad por parte de Montoneros y FAR incidieron en la decisión de integrarse a sus filas o si existieron otros móviles que permiten explicar la preferencia escogida. La hipótesis que guía el presente artículo es que las formas de presentarse en sociedad constituyeron un componente de la identidad grupal y, al mismo tiempo, moldearon una imagen que, al concitar diversos niveles de simpatías, impactó en las percepciones que, en el seno de la militancia revolucionaria, se tenía de dichas organizaciones.

PALABRAS CLAVE

Lucha armada; FAR; Montoneros; radicalización política

ABSTRACT

The purpose of this article is to make a comparative analysis of the ways that the *Montoneros* and the *Fuerzas Armadas Revolucionarias* (FARs) shaped their public appearances. There were the result of a set of various elements, namely the armed actions through which they became known to the public, their stated declarations at that moment and the origin story that they spread about themselves. The first section deals with the two first components, and in the following section we examine the third. Finally, we address the activist perspective as a way of assessing the impact produced by the public appearances of *Montoneros* and FARs and whether there were other motives that would explain the decision to join their ranks. The hypothesis that inspires this article is that the public appearances of both organisations constituted an important element of their group identity and, as such, they contributed to generating different levels of affinity among the revolutionary militancy.

KEYWORDS

Armed struggle; FAR; Montoneros; political radicalization.



Artículo recibido el 24-4-2023 y admitido a publicación el 27-7-2023.

<https://doi.org/10.5565/rev/rubrica.325>

Rubrica Contemporanea, vol. XII, n. 25, 2023
ISSN. 2014-5748

La historia del siglo XX en Argentina estuvo marcada por el impacto trascendental que significó la irrupción del peronismo, movimiento político de corte personalista formado alrededor de la figura de Juan Domingo Perón. Militar de formación, adquirió notoriedad a partir del golpe de Estado militar de 1943, que puso fin a un régimen político fraudulento que se mantenía vigente desde 1930. Ocupando el estratégico rol de secretario de Trabajo y Previsión Social, impulsó una serie de reformas laborales que le concitaron el apoyo creciente entre los obreros y, al mismo tiempo, la oposición del empresariado, al que buscaba atraer a fin de promover una política de concertación social auspiciada bajo el amparo del Estado. Electo democráticamente en 1946, sus presidencias se caracterizaron por una política que combinó nacionalismo económico con amplias concesiones sociales, que redundaron en una verdadera “democratización del bienestar”¹. El fenómeno peronista se convirtió, a partir de su derrocamiento por un nuevo golpe militar acontecido en 1955, en un elemento de análisis y debate, en particular, entre sectores intelectuales y políticos de izquierda que buscaron explicar y remediar, en la medida de sus posibilidades, el divorcio existente entre sus prédicas revolucionarias y las “masas” trabajadoras “ganadas” por el peronismo².

A lo largo de la década de 1960, la creciente inestabilidad política fue uno de los factores que incidió en la revalorización de la experiencia peronista por parte, no solo de la militancia de izquierda, sino también del activismo de raíz católica, impactado por las transformaciones operantes en la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II. Eso favoreció un proceso de *peronización* que, con un corte principalmente juvenil, se combinó también con una radicalización política que haría eclosión, de forma manifiesta, al iniciarse la década siguiente³. Las alteraciones en el catolicismo postconciliar y las reconfiguraciones en la cultura política de izquierda constituyeron diferentes *cauces de radicalización*, a los que se adicionó una tercera variante que operó en el propio campo del peronismo⁴. Esas derivas dieron lugar al surgimiento de las organizaciones armadas revolucionarias que irrumpieron en forma vigorosa a partir de 1970. La explicación de su advenimiento ha pivotado sobre un abanico de causas, entre las que se han destacado como principales el derrocamiento de Perón en 1955 y la sucesión de dictaduras y “seudo-democracias” a partir de ese momento⁵; el impacto causado por la Revolución

1. Miguel MURMIS y Juan C. PORTANTIERO, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971; Juan C. TORRE y Elisa PASTORIZA, “La democratización del bienestar”, en Juan C. TORRE (dir.), *Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002.

2. Silvia SIGAL, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; Óscar TERÁN, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; Carlos ALTAMIRANO, *Peronismo y cultura de izquierda (1955-1965)*, University of Maryland at College Park-Latin American Studies Center Series, 1992.

3. Mónica BARTOLUCCI, *La Juventud maravillosa. La peronización y los orígenes de la violencia política, 1958-1972*, Caseros, EDUNTREF, 2017; Nicolás DIP, *Libros y alpargatas. La peronización de estudiantes, docentes e intelectuales de la UBA (1966-1974)*, Rosario, Prohistoria, 2017; Sergio FRIEDEMANN, *La Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires: la reforma universitaria de la izquierda peronista, 1973-1974*, Buenos Aires, Prometeo, 2021; Claudia TOURIS, *Catolicismo y cultura política en la Argentina (1955-1976)*, Buenos Aires, Biblos, 2021.

4. Mora GONZÁLEZ CANOSA, *Los futuros del pasado: marxismo, peronismo y revolución: una historia de la FAR*, Buenos Aires, Prometeo, 2021, p. 24.

5. Entre los años 1955 y 1973 se alternaron en el Gobierno dictaduras o experiencias *pseudodemocráticas*. Estas se caracterizaban por ser presidencias civiles producto de elecciones que contaron con la proscripción del peronismo y/o que fueron fuertemente condicionadas por las fuerzas militares.

cubana y la intensificación de las oposiciones en el subcontinente dentro del marco de la Guerra Fría que operaba a nivel mundial; el *bloqueo tradicionalista* causado por un Gobierno militar, que clausuró todo mecanismo de participación política en 1966, y el quiebre generacional que, en términos culturales e intelectuales, implicó la década de 1960⁶.

Dichos fenómenos, tanto nacionales como internacionales, se combinaron para que, a partir del cambio de década, irrumpiera una miríada de organizaciones y pequeños comandos armados que, desde una filiación marxista-guevarista o peronista revolucionaria⁷, adoptaron como metodología de intervención política fundamental la lucha armada con el objeto de desencadenar una guerra civil que a su vez llevara a la toma del poder y a la transformación radical de la sociedad argentina⁸. Lo revulsivo de este movimiento y su incidencia en el acontecer político de aquel entonces, al entrelazarse, tanto con el fin de la proscripción del peronismo y la institucionalización democrática de 1973 como con el golpe de Estado militar de 1976 que instrumentó la consumación de la política de terrorismo estatal –cuyo flagelo más extremo estuvo constituido por los *desaparecidos*– explican que, a partir de la última transición democrática, sus trayectorias se hayan convertido en uno de los temas más prolíficos del campo de estudios de la Historia reciente⁹.

6. Guillermo O'DONNELL, *El Estado Burocrático autoritario, 1966-1973*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982; Marcelo CAVAROZZI, *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*, Buenos Aires, CEAL, 1983; SIGAL, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*; TERÁN, *Nuestros años sesentas*.

7. Respecto del vínculo entre Perón y las organizaciones armadas revolucionarias peronistas parece prevalecer la idea de una alianza por conveniencia mutua. Algunos autores han destacado la *apertura hacia la izquierda* de Perón como una maniobra de índole táctica. Mariano BEN PLOTKIN, “La ‘ideología’ de Perón: continuidades y rupturas”, en Samuel AMARAL y Mariano BEN PLOTKIN (comps.), *Perón: del exilio al poder*, Buenos Aires, Cántaro, 1993, pp. 55-59; William RATLIFF, “Perón y la guerrilla: el arte del engaño mutuo”, en AMARAL y BEN PLOTKIN, *Perón: del exilio al poder*, pp. 265-275. Otros, en cambio, han hecho énfasis en que su nuevo repertorio ideológico *sesentista*, que incluía apelaciones a la *actualización doctrinaria*, el *trasvasamiento generacional* y el *socialismo nacional*, dio forma a un discurso ambiguo. Rocío OTERO, *Montoneros y la memoria del peronismo*, Buenos Aires, Prometeo, 2019, pp. 121-122. Finalmente, una tercera variante destaca que esa ambigüedad fue recibida selectivamente por las organizaciones armadas: Ernesto GOLDAR, *¿Qué hacer con Perón muerto? (Los mitos de la izquierda peronista)*, Buenos Aires, Utopías del Sur, 1990, pp. 22-30.

8. La categoría *nueva izquierda* ha sido utilizada para referirse a los procesos de radicalización y violencia política acontecidos en el país con dos sentidos diferentes: 1) como sinónimo de organizaciones armadas (Claudia HILB y Daniel LUTZKY, *La nueva izquierda argentina: 1960-1980*, Buenos Aires, CEAL, 1984; María M. OLLIER, *El fenómeno insurreccional y la cultura política*, Buenos Aires, CEAL, 1986); 2) como expresión de un movimiento de oposición radical más amplio (Óscar R. ANZORENA, *Tiempos de violencia y utopía (1966-1976)*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988). Esta segunda acepción permite concebir a las organizaciones armadas como integrantes de un activismo más extendido con el cual compartieron valores y conexiones y que, además, se caracterizó por una acentuada heterogeneidad, fruto de las redefiniciones e hibridaciones ideológicas que marcaron su surgimiento. Su empleo terminó por imponerse, fundamentalmente, por la labor desplegada por María Cristina TORTTI quien, fruto de su trabajo académico en la Universidad Nacional de La Plata, dirigió sucesivos proyectos destinados a profundizar esa línea de investigación; para una reciente revisión y actualización del concepto puede consultarse su último ensayo: “Historia Reciente y *nueva izquierda*: una revisión”, en ídem, *et al.*, *La ‘nueva izquierda’ en la historia reciente argentina*, La Plata, Prohistoria, 2021.

9. Débora D'ANTONIO y Ariel EIDELMAN, “Antecedentes y genealogía de la historiografía sobre la Historia Reciente en la Argentina”, *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, 2013, <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.65882>; Marina FRANCO y Daniel LVOVICH, “Historia Reciente: apuntes sobre un campo de investigación en expansión”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 47/2 (2017), pp. 201-202. Es necesario advertir que la Historia



El estado de la cuestión concerniente a las organizaciones armadas revolucionarias presenta, no obstante, algunos claroscuros. Sin poder referirnos en extenso a los trabajos dedicados a abordarlas, algunas cuestiones han sido tratadas en forma preferente como, por ejemplo, el ideario que inspiró a la militancia revolucionaria¹⁰, algunos estudios de caso sobre las agrupaciones más relevantes¹¹, la recreación del clima de época por medio del recurso testimonial¹², el abordaje de la subjetividad militante¹³ y, de modo más reciente, ciertas indagaciones orientadas en la perspectiva de género¹⁴. Restan como vacancias del campo la falta de abordajes globales sobre la trayectoria del movimiento armado argentino, sus conexiones internacionales, un enfoque que contemple las rupturas y diferentes etapas atravesadas, así como también la vinculación que forjaron con otros sectores políticos y sociales no armados¹⁵. No obstante, algunas de estas cuestiones han empezado a ser indagadas en forma reciente y constituyen las líneas de investigación más fecundas para ser profundizadas y problematizadas¹⁶. Cabría agregar, además, la casi ausencia de una perspectiva comparativa que oriente las indagaciones sobre diferentes organizaciones o que, tomando un elemento específico, corte transversalmente un número limitado de

reciente en Argentina parece haber efectuado, en los últimos años, un deslizamiento temporal hacia la transición democrática.

10. HILB y LUTZKY, *La nueva izquierda argentina*; OLLIER, *El fenómeno insurreccional y la cultura política*.

11. La gran mayoría de las obras dedicadas a la trayectoria de las organizaciones *setentistas* se centraron en las dos principales: Montoneros y el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP): Richard GILLESPIE, *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987; Julieta BARTOLETTI, *Montoneros: de la movilización a la Organización*, Rosario, Laborde, 2011; Pablo POZZI, *Por las sendas argentinas... El PRT-ERP, la guerrilla marxista*, Buenos Aires, EUDEBA, 2001; Vera CARNOVALE, *Los combatientes: historia del PRT-ERP*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011. También se cuentan análisis sobre las tres que completan el cuadro de las *cinco grandes*: Frente Argentino de Liberación-Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL), Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y FAR: Stella GRENAT, *Una espada sin cabeza. Las FAL y la construcción del partido revolucionario en los '70*, Buenos Aires, RyR, 2010; GONZÁLEZ CANOSA, *Los futuros del pasado*; Eduardo L. DUHALDE y Eduardo PÉREZ, *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base, tomo I: Las Fap*, La Plata, De la Campana, 2003.

12. Eduardo ANGUITA y Martín CAPARRÓS, *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*. Tomo I (1966-1973), Buenos Aires, Norma, 1997.

13. María M. OLLIER, *La creencia y la pasión*, Buenos Aires, Ariel, 1998; CARNOVALE, *Los combatientes*.

14. Andrea ANDÚJAR *et al.* (comps.), *De minifaldas, militancias y revoluciones: exploraciones sobre los 70 en la Argentina*, Buenos Aires, Luxembourg, 2009; Alejandra OBERTI, *Las revolucionarias*, Buenos Aires, Edhasa, 2015.

15. Martín MANGIANTINI, “Los estudios sobre la lucha armada y las organizaciones político-militares en los años setenta. Hacia un balance historiográfico de su producción reciente (2001-2015)”, *Estudios*, 34 (2015), <https://doi.org/10.31050/re.v0i34.13336>; Gabriel ROT, “Un balance de los estudios sobre las Organizaciones Político-Militares argentinas”, *Archivos*, 9 (2015), <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n9.155>.

16. Podemos destacar como ejemplos, lúcidos y recientes, que abordan algunas de dichas dimensiones los siguientes trabajos: Aldo MARCHESI, *Hacer la revolución*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019; Hernán CONFINO, *La Contraofensiva: el final de Montoneros*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2021; Javier SALCEDO, *Los Montoneros del centro: tácticas y estrategias de la conducción montonera, 1966-1976*, Buenos Aires, Prometeo, 2022.

aquellas¹⁷. Recientemente, y de modo auspicioso en ese sentido, se han propuesto tres ejes analíticos para desarrollar con el objeto de delinear los perfiles distintivos de cada una de las organizaciones armadas peronistas: los cauces de radicalización política y los *estilos de peronización* plasmados, los diferentes posicionamientos asumidos en torno al objetivo político y la figura de Perón, y la predisposición o no a intervenir en las instancias de participación propias del movimiento peronista¹⁸.

Considerando que dicha agenda de investigación en clave comparativa tiene plena vigencia, en este caso nos ceñiremos a una preocupación más específica, aunque conexas en cierto punto con la primera de las cuestiones planteadas. La misma surgió en el marco de una investigación en curso sobre la trayectoria de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). Habiendo implementado un abordaje metodológico que combina tanto fuentes escritas como orales, una cuestión que, con cierta recurrencia, ha aparecido en algunas de las entrevistas realizadas remite al carácter *más de izquierda* de dicha organización, en contraposición a una de Montoneros *más peronista*. A veces, dichas apreciaciones fueron acompañadas por adjetivaciones en donde la idiosincrasia montonera es percibida como “más política” o “desorganizada”, mientras que a los militantes de las FAR se los presenta como cuadros “mejor preparados militarmente” y “más formados teóricamente”¹⁹. Algunas de estas aseveraciones tuvieron su correlato, de diversas maneras, en memorias militantes, en donde la mayor instrucción militar atribuida a las FAR ha sido vista como una oposición simétrica a la intuición y capacidad política desplegada por Montoneros²⁰, mientras que en otras reconstrucciones se ha destacado a las primeras por su profundidad teórica en comparación con la pobreza conceptual propia de Montoneros²¹, características ligadas a la procedencia marxista y guevarista de sus cuadros de las FAR que contrastaba con el pensamiento aristotélico-tomista de los católicos montoneros²². En un estudio clásico, se ha retomado la oposición entre ambas organizaciones insinuando que el “militarismo” y el “pragmatismo” habrían prevalecido en la Conducción Nacional de Montoneros, luego de 1976, ante la muerte de los cuadros dirigentes provenientes de las FAR²³.

Estas formulaciones, en sus convergencias y contrastes, revisten particular relevancia, no solo porque ambas organizaciones se fusionaron en una sola que, a partir de octubre de 1973, continuó existiendo bajo la denominación de Montoneros, sino porque también generan cierta cuota de asombro por el hecho de que los orígenes

17. Guillermo CAVIASCA, *Dos caminos: ERP-Montoneros en los setenta*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, 2016; OBERTI, *Las revolucionarias*.

18. Mora GONZÁLEZ CANOSA y Mariela STAVALE, “Peronismo, izquierda y lucha armada. Balance bibliográfico y perspectivas analíticas sobre las organizaciones armadas peronistas en clave comparada”, *Páginas*, 31 (2021), <https://doi.org/10.35305/rp.v13i31.465>.

19. Como ejemplos podemos mencionar tanto a militantes de las FAR como de Montoneros que coinciden en algunas de dichas apreciaciones. Entrevistas del autor a Emiliano COSTA, 15-11-2011 y 16-11-2017 [2 sesiones]; Roberto PERDÍA, 19-05-2018; Susana VEGA, 15 y 16-3-2019 [2 sesiones]; Graciela ITURRASPE, 18-12-2019.

20. Carlos FLASKAMP, *Testimonio de la lucha armada en Argentina (1968-1976)*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2002, pp. 83-85; José AMORÍN, *Montoneros: la buena historia*, Buenos Aires, Catálogos, 2005, pp. 73-75.

21. Pilar CALVEIRO, *Política y/o violencia*, Buenos Aires, Norma, 2005, pp. 106-110.

22. Roberto MERO, *Conversaciones con Juan Gelman*, Buenos Aires, Contrapunto, 1987, pp. 93-94.

23. GILLESPIE, *Soldados de Perón*, p. 314.



ideológicos de ambas –no solo de las FAR– distaron de ser, al menos primigeniamente, peronistas. Como ha sido analizado, esta última organización se formó por la reunión de tres pequeños grupos, cuya procedencia fue mayoritariamente de izquierda y con una fuerte presencia de excomunistas, luego de que algunos de ellos intentaran, infructuosamente, sumarse al Ejército de Liberación Nacional (ELN) comandado por Ernesto Guevara en Bolivia²⁴. En el caso de Montoneros, su militancia inicial estuvo conformada por núcleos de activistas católicos que, tras ahondar en diversas experiencias de involucramiento social y político siguiendo los preceptos enunciados por el Concilio Vaticano II, optaron por emprender la lucha armada y, producto de su relación con los pobres, se identificaron con el peronismo²⁵.

Al margen de las contraposiciones antedichas, no exentas de ciertas recriminaciones cruzadas para endosar a una formación el germen de la derrota acaecida, en este trabajo buscaremos indagar las razones que contribuyeron a que, si bien ambas organizaciones expresaron diferentes *cauces de radicalización y estilos de peronización*, cuyos orígenes estuvieron anclados en diversas constelaciones político-ideológicas (Montoneros en el catolicismo y las FAR en la izquierda marxista), una haya podido ser percibida como más genuinamente peronista (Montoneros) que la otra (FAR). En ello contrastaron con las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), surgidas a partir de las redefiniciones político-ideológicas que operaron en el seno del propio peronismo y que, por ende, no transitaron un proceso de *peronización*²⁶. La pregunta planteada, como demostraremos en nuestro análisis, alude a una de las dimensiones centrales de las identidades políticas: la institución de los orígenes y la invención de una tradición²⁷. Como ha destacado Stuart Hall, las identidades, siempre inestables y transitorias, se ubican en un punto de articulación entre, por un lado, los discursos, las prácticas y las posiciones de interpelación y, por el otro, los procesos que producen subjetividades. Aunque reposan en recursos simbólicos y materiales, sus componentes siempre están abiertos a la contingencia, demarcan la diferencia y son producto de

24. Carlos I. CUSTER, “En torno a la trayectoria de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR): acción político-militar y vinculación con el ‘movimiento de masas’” (1970-1973), tesis de maestría, Universidad Torcuato Di Tella; GONZÁLEZ CANOSA, *Los futuros del pasado*, pp. 120-124.

25. Lucas LANUSSE, *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*, Buenos Aires, Vergara, 2005, pp. 65-68; Luis M. DONATELLO, *Catolicismo y Montoneros: religión, política y desencanto*, Buenos Aires, Manantial, 2010, pp. 99-107.

26. En ese sentido, las FAP transitaron un *cauce de radicalización* desde el peronismo (ver nota 4) y experimentaron un proceso de *profundización ideológica* que ha sido considerado como de *izquierdización*. Expresión de ello fue el impulso de la “alternativa independiente de la clase obrera y el pueblo peronista”, lanzada en septiembre de 1971. Esta se caracterizó por promover la organización política autónoma de los obreros por fuera de las estructuras formales del movimiento peronista y sin buscar conformar una formación partidaria de manera independiente y externa a la clase trabajadora. Estos nuevos postulados produjeron una fuerte crisis interna y varias divisiones, así como también una ligazón posterior con el Peronismo de Base. Para ese proceso, se puede consultar: DUHALDE y PÉREZ, *De Taco Ralo a la alternativa independiente*; Marcelo RAIMUNDO, “Izquierda peronista, clase obrera y violencia armada: Una experiencia alternativa”, *Sociohistórica*, 15-16 (2004); Nayla PIS DÍEZ y Mariela STAVALE, “Lucha armada, nueva izquierda y militancias sociales en América Latina: debates y notas de investigación desde un estudio de caso local”, *Rubrica Contemporánea*, 21 (2022), en <https://doi.org/10.5565/rev/rubrica.263>.

27. Daniela SLIPAK, *Las revistas montoneras*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015, pp. 231-232. La autora, que ha trabajado con detenimiento la construcción identitaria en Montoneros, ha sintetizado como otras de las dimensiones fundamentales de las identidades políticas: la narración prospectiva; el enfrentamiento con alteridades; la representación de un ámbito común y la enunciación de la norma interna.

estrategias enunciativas y emergentes de específicas modalidades de poder, razones por las cuales se encuentran inmersas en continuos procesos de identificación²⁸. Tomando los aportes de la psicología social, podemos afirmar que, en el marco de ese cúmulo de procesos, los sujetos seleccionan los referentes simbólicos que los convocan y categorizan las diferencias con los divergentes (los *otros*) a la hora de asumir la identificación consciente con un grupo específico para construir, a partir de allí, su sentido de pertenencia (un *nosotros*)²⁹.

Teniendo en cuenta lo expuesto, proponemos un análisis que considere dos extremos diversos: por un lado, los hechos fundacionales y las comunicaciones de las organizaciones y, por el otro, la percepción de los propios militantes. En el primer caso, optamos por fenómenos y discursos públicos emanados tanto de FAR como de Montoneros, ya que nos interesa examinar las manifestaciones que fueron difundidas socialmente en el momento de su producción. En el segundo caso, consideramos que las entrevistas no solo constituyen un recurso para estudiar la memoria, sino que en el ejercicio de rememoración implicado, los testimonios permiten aproximarnos a las representaciones sociales contemporáneas a los hechos pretéritos estudiados. Como ha señalado Alessandro Portelli, la historia oral permite sondear “no sólo lo que hizo la gente, sino lo que deseaba hacer, lo que creían estar haciendo y lo que ahora piensan que hicieron”³⁰. En razón de ello, en la primera parte de este trabajo analizaremos en clave comparativa la forma en que, tanto Montoneros como FAR, efectuaron su aparición pública. Seguidamente, abordaremos cómo ambas organizaciones hicieron alusión a sus orígenes en sus documentos públicos. Consideramos que ambas cuestiones cristalizaron una diferente presentación en sociedad que explica, en parte, la incógnita planteada, aunque para tener una respuesta más acabada estimamos indispensable indagar en las percepciones militantes a la hora de sumarse a las filas combatientes, tema de la tercera y última sección de este artículo.



Pindapoy y Gabriela: dos acciones armadas para irrumpir públicamente

El 28 de junio de 1966 se produjo en Argentina un golpe de Estado militar que inauguró un proceso político autodenominado *Revolución Argentina* (1966-1973). El nuevo Gobierno, presidido por el teniente general (R) Juan Carlos Onganía, se aprestó a proscribir totalmente la actividad política y, adoptando como propios los preceptos de la Doctrina de Seguridad Nacional, instauró una gestión tendente a erradicar todo conato de protesta con el objetivo declarado de combatir el comunismo y la *subversión* en defensa de los valores occidentales y cristianos que los militares declaraban encarnar³¹.

28. Stuart HALL, “Introducción: ¿quién necesita ‘identidad’?”, en ÍDEM y Paul DU GAY (comps.), *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, 2003, pp. 15-21.

29. Asael MERCADO MALDONADO y Alejandrina V. HERNÁNDEZ OLIVA, “El proceso de construcción de la identidad colectiva”, *Convergencia*, 53 (2010). Los autores destacan el rol pionero que cumplió la psicología respecto al estudio de la identidad a la hora de abordar los procesos de adscripción individual a representaciones colectivas. Ese terreno fue explorado posteriormente por la antropología y la sociología que, nutriéndose de los aportes previos de la filosofía, pasaron a profundizar los hallazgos de las identidades culturales como procesos de construcción e identificación subjetivas. Para un abordaje centrado en la formación de grupos desde la óptica de la psicología social, se puede consultar Henri TAJFEL, *Grupos humanos y categorías sociales*, Barcelona, Herder, 1984.

30. Alessandro PORTELLI, “Lo que hace diferente a la historia oral”, en Dora SCHWARZSTEIN (comp.), *La historia oral*, Buenos Aires, CEAL, 1991, pp. 42-43.

31. Liliana DE RIZ, *La política en suspenso, 1966-1976*, Buenos Aires, Paidós, 2000, pp. 33-34.

En su decurso autoritario, la *Revolución Argentina*, a tres años de iniciada, se vio sacudida por el *Cordobazo*, jornada de protesta obrera con ribetes de insurrección civil acontecida el 29 de mayo de 1969 en la tercera ciudad más grande del país. El suceso fue una divisoria de aguas en el devenir del Gobierno militar, no solo porque sepultó su programa económico de tinte liberalizador y fuertemente impopular, provocó la renuncia del ministro Adalberto Krieger Vasena y desmintió la idea de pacificación social que buscaba transmitir, sino porque además operó como un verdadero *efecto demostración* para la impugnación social. A partir de ese momento, se inició un ciclo de radicalización política sin precedentes en la historia nacional que propició el auge de la protesta social y que, al poco tiempo, dio paso al surgimiento de un vigoroso movimiento armado³².

Hasta ese entonces, los pioneros que buscaban emprender la lucha armada en el país, al margen de los efímeros antecedentes acaecidos a lo largo de la década de 1960³³, se repartieron entre viajes de instrucción guerrillera en Cuba y la conformación de pequeños núcleos clandestinos e innominados, constituidos a través de diversas redes militantes. El único intento de coordinación, la continuación del ELN en Argentina luego de la muerte de Guevara, no logró consolidarse y se disolvió sin siquiera darse a conocer públicamente³⁴. El auge de la conflictividad social que se precipitó durante 1969 aceleró los tiempos y fue fundamental para dar nacimiento a las organizaciones armadas. No es casual, entonces, que el año 1970 se convirtiese en el momento de aparición pública de la guerrilla urbana en Argentina, cuyos primeros eslabones en la región se habían materializado en una plétora de pequeñas organizaciones armadas brasileñas y, fundamentalmente, por medio del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) uruguayo, convertido en un fenómeno de repercusión internacional³⁵.

En una coyuntura de extrema debilidad atravesada por el Gobierno dirigido por Onganía, Montoneros decide, luego de meses de gestación, darse a conocer públicamente a través del secuestro y posterior asesinato del teniente general (R) Pedro

32. O'DONNELL, *El Estado Burocrático autoritario*, pp. 456-466; James BRENNAN y Mónica GORDILLO, *Córdoba rebelde: el Cordobazo, el clasismo y la movilización social*, Buenos Aires, De la Campana, 2008, pp. 100-107.

33. Los primeros intentos de plasmar una estrategia armada en el país tuvieron como vehículo la instalación de *focos* guerrilleros rurales siguiendo los lineamientos tácticos enunciados por Guevara (el Movimiento de Liberación Nacional conocido como *Uturuncos* en 1959-1960, el Ejército Guerrillero del Pueblo en 1963-1964 y las malogradas Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional ese último año), mientras que la lucha armada de tipo urbano tuvo un antecedente en la acción del Movimiento Nacionalista Revolucionario-Tacuara. Para esas experiencias pueden consultarse Daniel GUTMAN, *Tacuara: historia de la primera guerrilla urbana argentina*, Buenos Aires, Vergara, 2003; Ernesto SALAS, *Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista*, Buenos Aires, Biblos, 2003; Gabriel ROT, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina. La historia de Ricardo Masetti y el Ejército Revolucionario del Pueblo*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 2003; Sergio NICANOFF y Axel CASTELLANO, *Las primeras experiencias guerrilleras en la Argentina: la historia del "Vasco" Bengoechea y las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, 2006.

34. Carlos I. CUSTER, "La sección argentina del Ejército de Liberación Nacional (ELN). Notas de investigación", *Sociohistórica*, n. 54 (2024), en prensa.

35. Marcelo RIDENTI, "Esquerdas armadas urbanas: 1964-1974", en ÍDEM y Daniel A. REIS FILHO (orgs.), *Historia do marxismo no Brasil*, volumen 6, Campinas, UNICAMP, 2007, pp. 105-107; MARCHESI, *Hacer la revolución*, pp. 65-70.

Aramburu, expresidente de la Nación³⁶, por parte del comando *Juan José Valle*. Si bien todas las organizaciones hicieron su aparición por medio de un hecho armado que intentaba demostrar la viabilidad de la metodología³⁷, sin dudas, el operativo *Pindapoy*, como fuera bautizado por sus perpetradores, fue el que causó mayor conmoción e impacto, tanto por la importancia de la figura elegida como objetivo, como la radicalidad del acontecimiento y sus repercusiones inmediatas, que incluyeron la renuncia presidencial de Onganía. Planificado para realizarse a un año exacto del *Cordobazo*, el 29 de mayo de 1970 (aniversario, además, del Ejército Nacional), la acción tuvo un quintuple objetivo: 1) Dar a conocer la existencia de Montoneros; 2) Someter a Aramburu al dictado de la *Justicia Revolucionaria* al considerarlo responsable de numerosos crímenes, entre los cuales figuraban la responsabilidad por los asesinatos y las penas de muerte infligidas en ocasión del sublevamiento peronista del 9 de junio de 1956; 3) Conservar el cadáver del finado hasta que fuesen restituidos los profanados y desaparecidos restos de Eva Duarte³⁸; 4) Hacer propaganda de un método de lucha al efectuar una llamamiento “a la resistencia armada”; 5) Frustrar los supuestos planes de Aramburu a favor de la institucionalización de una “falsa democracia”³⁹. El suceso mantuvo en vilo a la opinión pública durante 50 días, hasta el hallazgo del cadáver de la víctima, localizado en virtud de averiguaciones efectuadas a raíz de las detenciones y allanamientos producidos luego del descalabro del segundo operativo de la organización, en La Calera (provincia de Córdoba).

La toma de Garín efectuada por las FAR, el 30 de julio de 1970, fue el suceso por medio del cual, apenas 13 días después de localizado el cadáver de Aramburu, se dieron a conocer públicamente. Si bien fue un hecho que, en términos militares, demostró mayor preparación y organización, con una considerable preocupación en las esferas oficiales, no produjo el mismo cimbronazo, al ser sus alcances mucho más limitados y sus consecuencias mucho menos contundentes que el *Aramburazo*⁴⁰. De hecho, las motivaciones esgrimidas para realizarlo fueron de índole fundamentalmente táctica y militar, aunque se justificara políticamente como un hecho destinado a asestar un duro golpe a la “relativa distensión” abierta por la asunción presidencial del general de Brigada Roberto Levingston, dado que la acción se diagramó y planificó con bastante



36. Aramburu fue presidente durante la *Revolución Libertadora* (1955-1958), proceso político que se inició a raíz del derrocamiento de Perón.

37. Por ejemplo, las FAL se dieron a conocer el 24 de marzo de 1970, mediante el secuestro del cónsul paraguayo Waldemar Sánchez, mientras que el ERP, brazo armado del PRT tuvo su bautismo de fuego, el 18 de septiembre de 1970, por medio del asalto a la comisaría 24ª de Rosario.

38. Eva Duarte fue la segunda esposa de Perón y figura emblemática del movimiento peronista. Falleció en 1952, víctima de cáncer. Luego del derrocamiento de su marido, su cuerpo fue secuestrado clandestinamente del edificio de la Central General de Trabajo (CGT) en donde estaba emplazado. Montoneros reclamaba, de esa forma, a las autoridades que procediesen a su devolución. Efectivamente, su cadáver había sido apropiado por un comando militar y fue, finalmente, devuelto a Perón, en septiembre de 1971, como parte de la estrategia de “seducción” emprendida por el teniente general y comandante en jefe del Ejército, Alejandro Lanusse, a la postre último presidente de la *Revolución Argentina*, para propiciar una salida política al proceso.

39. MONTONEROS, “Comunicado N° 1”, “Comunicado N° 2”, “Comunicado N° 3”, “Comunicado N° 4”, “Comunicado N° 5”, en Roberto BASCHETTI (comp.), *Documentos (1970-1973). De la guerrilla peronista al gobierno popular*, La Plata, De la Campana, 1995, pp. 49-53.

40. Esta forma de nominar, entre la militancia, el acontecimiento denota su importancia. Es de uso extendido en Argentina apelar al sufijo *-azo* para aludir a procesos movilizadores de magnitudes considerables o recalcar lo convulsionante de un fenómeno replicando lo acontecido con el *Bogotazo* de 1948, sublevación civil que aparejó hondas consecuencias en la historia colombiana.

tiempo de antelación⁴¹. El operativo *Gabriela*, inspirado en la toma de Pando efectuada por el MLN-T, el 8 de octubre de 1969, y que tuvo su antecedente inmediato en la acción de Montoneros en La Calera, cometida apenas un mes antes, consistía en cortar las comunicaciones y tomar los puntos neurálgicos de la localidad con un propósito expropiatorio, pero implicaba, además, una demostración de fuerza y un ejemplo de acción por medio de la concreción de un hecho armado de tal complejidad y audacia⁴².

No solo el acontecimiento fundante diferenció a ambas organizaciones, sino que las definiciones al momento de efectuarlo harían aún más divergentes sus modos de irrumpir en la escena pública. Tanto el secuestro y asesinato de Aramburu como la toma de Garín fueron acompañados por comunicados en donde las nacientes organizaciones no solo expresaron su existencia, sino también las razones que las motivaban a emprender la lucha armada y algunas mínimas referencias identitarias. En este último punto, si bien Gillespie ha esgrimido que la definición política peronista de la organización Montoneros fue cuestionada por la prensa liberal⁴³, ello no pareció hacer mella en los sectores revolucionarios del peronismo, como el caso de las FAP, quienes compartieron “los principios de Justicia Revolucionaria, que fundamentan la detención, juzgamiento y sentencia aplicados por los compañeros del Comando ‘Juan José Valle’ a Pedro Eugenio Aramburu”⁴⁴. Reconociéndolos como *compañeros* los estaban aceptando como peronistas de pleno derecho. El silencio de Perón ante los hechos operó como un elemento de legitimación mayor, habida cuenta de las impugnaciones proferidas por la conducción local del Movimiento Nacional Justicialista y la Confederación General del Trabajo (CGT)⁴⁵, que tendían a alimentar la oposición que, en la visión montonera, se ahondaría entre un “peronismo resistente” y un “peronismo traidor y negociador”⁴⁶. Por otra parte, en los comunicados montoneros las referencias católicas existieron (“Que Dios Nuestro Señor se apiade de su alma” y “dar cristiana sepultura a los restos del acusado” en alusión al expresidente asesinado) o se combinaron con las propias del peronismo (“sentido de estricta justicia cristiana” respecto de la política peronista y “de inspiración cristiana y nacional” en referencia a su doctrina). No obstante, las alusiones específicamente peronistas predominaron, al definirse los Montoneros como “una unión de hombres y mujeres profundamente argentinos y peronistas, dispuestos a pelear con las armas en la mano por la toma del poder para Perón y para su pueblo y la construcción de una Argentina Justa, Libre y Soberana” y firmar todos los comunicados con la rúbrica “¡Perón o muerte! ¡Viva la patria!”⁴⁷.

41. FAR, “Con el fusil del Che”, *Granma*, 11-12-1970, p. 7. También fue reproducido en *América Latina en armas*, Buenos Aires, M. A Ediciones, 1971, p. 110.

42. CUSTER, “En torno a la trayectoria de las Fuerzas Armadas Revolucionarias”, pp. 54-58; GONZÁLEZ CANOSA, *Los futuros del pasado*, pp. 125-127.

43. GILLESPIE, *Soldados de Perón*, pp. 123-124.

44. *Crónica*, 2-6-1970, p. 5.

45. La conducción partidaria del justicialismo, encabezada por Jorge Paladino, delegado oficial de Perón, y la Comisión Nacional Reorganizadora y Normalizadora de la CGT emitieron sendos comunicados condenatorios del secuestro y posterior sentencia (*Clarín*, 3-6-1970, pp. 25-26).

46. MONTONEROS, “Hablan los Montoneros”, *Cristianismo y Revolución*, 26 (noviembre-diciembre 1970), pp. 11-12.

47. MONTONEROS, “Comunicado N° 1”, “Comunicado N° 2”, “Comunicado N° 3”, “Comunicado N° 4”, “Comunicado N° 5”, en BASCHETTI, *Documentos (1970-1973)*, pp. 49-53; *Crónica*, 4-6-1970, p. 5.

En este punto, las FAR enunciaron una definición mucho más ambigua que Montoneros. Si bien plantearon estar “impulsados por la necesidad de coronar con la victoria total el camino que inició nuestro pueblo el 17 de octubre de 1945”, para lo cual consideraban imprescindible emprender el camino de la lucha armada, la única referencia ideológica explícita remitía a Guevara (definido como el “San Martín del Siglo XX”), y finalizaban su comunicado fundacional con dos proclamas tributarias de ambos personajes: “Libres o muertos, jamás esclavos” (San Martín) y “Hasta la victoria siempre” (Guevara)⁴⁸. En el momento de su aparición pública, las FAR no asumieron de modo tajante ninguna filiación política, más allá de referencias que dejan entrever una valorización positiva tanto del nacionalismo (vía San Martín) como del peronismo, a través de la recuperación simbólica de ciertos sucesos (como el golpe de Estado de 1955, los fusilamientos de 1956 y la anulación de las elecciones de 1962)⁴⁹, que contrastan con la inexistencia de alusiones al marxismo y al socialismo, amén de la entronización de Guevara como modelo arquetípico. Esta aparente indefinición tenía que ver con el debate interno que aún suscitaba la valoración del fenómeno peronista en sus filas⁵⁰.

La lucha armada, plasmada en dos operativos resonantes (más allá de la repercusión diferencial: *Aramburazo*), si bien fue encarada como una metodología de intervención político-militar, se convertiría, en función de su empeño y el devenir de las organizaciones armadas, en un componente identitario trascendental tanto de Montoneros como de las FAR⁵¹. No parece azaroso entonces que, en algunas conmemoraciones militantes, Montoneros sea valorada como más peronista, en virtud de haber secuestrado y asesinado a una figura emblemática del *antiperonismo*, y FAR sea evaluada como *más preparada militarmente*, cuyo referente empírico haya podido estar configurado por la bien planificada y ejecutada toma de Garín. No obstante, el elemento amalgamador de la praxis armada se combinó con una distinción notoria respecto de la definición política en el momento de irrumpir públicamente.

Sin embargo, esta no sería el elemento de mayor divergencia. A los pocos meses, Montoneros y FAR aludieron a su surgimiento organizativo en algunos documentos públicos. La forma de proceder por parte de cada una forjaría un relato de sus orígenes que las distanciaría también en sus dispositivos enunciativos. Ello, sumado al acontecimiento por el cual se dieron a conocer públicamente y a sus definiciones efectuadas, conformó una presentación en sociedad que las terminó por diferenciar notoriamente.

48. FAR, “Comunicado N° 1”, *Cristianismo y Revolución*, 25, septiembre 1970, p. 59.

49. Con los *fusilamientos de 1956*, las FAR se referían a las sentencias de pena de muerte sumaria y a los asesinatos clandestinos de militares y civiles participantes en un intento de sublevación peronista contra la *Revolución Libertadora*. Respecto de la “anulación de las elecciones de 1962” apuntaban a la participación limitada del peronismo (bajo diferentes nominaciones y sin la candidatura de un Perón exiliado) que había propiciado el presidente Arturo Frondizi. La victoria de las fuerzas identificadas con el peronismo provocó su derrocamiento por un golpe militar y la anulación de los resultados electorales.

50. CUSTER, “En torno a la trayectoria de las Fuerzas Armadas Revolucionarias”, pp. 58-59.

51. Se ha señalado, en sentido similar, que los grupos armados conosureños forjaron una “cultura política transnacional” que combinó “acciones, ideas, sentimientos e interpretaciones del proceso político regional” (MARCHESI, *Hacer la revolución*, pp. 20-23).



Montoneros y FAR: dos formas de construcción de un relato fundacional

Al escoger el nombre “Montoneros”, los diversos grupos militantes que se reunieron para dar origen a dicha organización entrelazaron su génesis con la historia de resistencia federal hacia la hegemonía centralizadora encarnada por Buenos Aires, primero, y por el Gobierno nacional, más tarde, a lo largo del siglo XIX⁵². Ese entronque con el proceso histórico se verificó también en la enunciación que ensayó la organización a la hora de dar cuenta de su curso formativo, al mismo tiempo que se soslayaba la forma concreta en que este se llevó efectivamente a cabo. Ello se puede observar en el siguiente diálogo entre el periodista del diario cubano *Granma* y uno de los dirigentes de la flamante organización:

P: Finalmente, una pregunta que debió ser hecha al principio: ¿cuáles son los antecedentes de la organización, cómo surge, cuál es su composición?

R: Somos una unión de hombres y mujeres argentinos y peronistas que nos sentimos parte de la última síntesis de un proceso histórico que arrancó 160 años atrás y que con sus avances y retrocesos da un salto definitivo hacia adelante a partir del 17 de octubre de 1945, que en estos últimos 15 años se ha expresado en la Resistencia, la Revolución del 56, los Uturuncos, los Conintes, los Planes de Lucha, el Ejército Guerrillero del Pueblo, el Movimiento Revolucionario del Pueblo, la Central General de Trabajadores, el Peronismo Revolucionario, Taco Ralo. Todo este proceso ha influido en nuestra formación y es el que le otorga sentido y proyección a nuestra lucha. Luego de haber militado en los distintos frentes del Movimiento, varios grupos de diversas partes del país nos organizamos para llevar adelante una guerra larga de Resistencia Armada contra el régimen gorila⁵³. Proveníamos de distintos sectores y orígenes, obreros, estudiantes y profesionales de tradición peronista, cristianos, nacionalistas e izquierdistas. Pero nos unieron la convicción y el sentimiento, ya comunes, de la necesidad de luchar con las armas en la mano por la toma del poder con Perón y con el pueblo y la construcción de una Argentina libre, justa y soberana.⁵⁴

En este pasaje se aprecia claramente cómo, ante una pregunta concreta del interlocutor, el dirigente montonero opta por elaborar una genealogía que se remonta a 160 años antes, es decir, al proceso de independencia, para señalar seguidamente como hitos fundantes el 17 de octubre de 1945 y la *Resistencia Peronista*, pero que omite alguna referencia precisa respecto del nacimiento de la organización (“Luego de haber militado en los distintos frentes del Movimiento...”), que tenía una marca de origen fuertemente católica. Si bien era lógico que, por cuestiones de seguridad, una organización armada no brindara datos precisos sobre su constitución, al final de la respuesta se advierte otro mecanismo tendente a licuar los antecedentes cristianos de la mayoría de sus miembros por medio de la acentuación de una composición fuertemente

52. El vocablo *montonera* remite a que las fuerzas, a caballo y asentadas en zonas rurales, combatían en *montón* o *amontonadas* y se dispersaban cuando se aproximaban fuerzas regulares de mayor poderío. Esa forma de lucha, además, semejaba, al utilizar la sorpresa y la movilidad como principios rectores, a la guerrilla.

53. *Gorila* es, en jerga política, un término peyorativo utilizado por los peronistas para aludir a los antiperonistas.

54. MONTONEROS, “El llanto para el enemigo”, *Granma*, 5-12-1970, p. 7. También fue reproducido en *América Latina en armas*, Buenos Aires, M.A Ediciones, 1971; *Cristianismo y Revolución*, 28, abril 1971. En el extracto, Montoneros apelaba, entre otros sucesos, a la Resistencia Peronista (encarnada, fundamentalmente, en actos de sabotaje fabril durante la *Revolución Libertadora*), el Plan Comoción Interna del Estado-CONINTES (dispuesto por Frondizi para facultar a las Fuerzas Armadas a intervenir ante la activación de la protesta gremial), los planes de lucha llevados a cabo por la Confederación General del Trabajo (CGT) entre 1963-1964 y la detención de los integrantes de las FAP que intentaron iniciar un *foco* guerrillero cerca de la localidad de Taco Ralo (Tucumán), en septiembre de 1968.

heterogénea (“de tradición peronista, cristianos, nacionalistas e izquierdistas”). Si bien dichas filiaciones no pueden presuponerse excluyentes –ya que, en ese momento, seguramente, la casi totalidad de los montoneros fundadores podían considerarse católicos, nacionalistas, peronistas, e incluso de izquierda–, lo cierto es que en los espacios de activismo cristiano se formaron las redes de sociabilidad en donde aquellos estrecharían sus caminos y trazarían la senda que los llevaría a conformar Montoneros⁵⁵. Lo atestiguan sus principales dirigentes, por citar apenas algunos ejemplos.

Fernando Abal Medina, Gustavo Ramus y Mario Firmenich se conocieron en el Colegio Nacional Buenos Aires y participaron en la Juventud Estudiantil Católica antes de recalar en los Comandos Camilo Torres (CCT), grupo clandestino que se formó en torno de la revista *Cristianismo y Revolución*, publicación emblemática de la renovación católica y de la radicalización política de los cristianos, dirigida por Juan García Elorrio. A José Sabino Navarro, en cambio, se le puede considerar como un exponente de la fusión de identidades en la misma persona, ya que era obrero, católico y peronista desde su infancia, y había militado en la Juventud Obrera Católica antes de vincularse, en forma muy breve, con la experiencia de *Cristianismo y Revolución*. En Córdoba, podemos mencionar a Emilio Maza, quien fue un dirigente estudiantil y uno de los fundadores del Movimiento Universitario Cristo Obrero (MUOCO) que luego se integró en el CCT, y a Elvio Alberione, sacerdote identificado con el peronismo que integró la experiencia liderada por varios *curas rebeldes* en la parroquia de Cristo Obrero, a partir de la cual los estudiantes más activos conformaron el mencionado MUOCO. Mientras, en Santa Fe, como figuras principales, se destacaron Roberto Perdía, abogado que se radicó en la provincia con el fin de ligarse a las luchas en la zona rural alejada a la localidad de Reconquista luego de haber abandonado su militancia en la Democracia Cristiana, así como Fred Ernst, máximo dirigente del Ateneo, agrupación estudiantil católica actuante en la Universidad Nacional del Litoral⁵⁶.

En cuanto a las FAR, si bien se pueden señalar algunas similitudes en torno a la inserción de la organización en un proceso de lucha histórico amplio, lo cierto es que la narración de su génesis distó de seguir la línea de enunciación montonera. Ello obedeció, en gran parte, a que, al no haberse proclamado peronistas al darse a conocer públicamente, tal como hizo Montoneros, debieron justificar su “pasaje”⁵⁷. Cuando *Cristianismo y Revolución* reprodujo, en abril de 1971, una serie de entrevistas realizadas a Montoneros, FAL, FAP y FAR, publicadas por el diario cubano *Granma* en diciembre del año anterior, reemplazó aquellas en la última (“Con el fusil del Che”) por una nueva (“Los de Garín”), en donde aquella “afirma ya decididamente el carácter peronista de la organización”⁵⁸. En dicho documento, ante una idéntica pregunta a la transcripta anteriormente, el dirigente de las FAR, presuntamente Carlos Olmedo, optó por hacer un relato del proceso que llevó a constituir la organización apelando a los sucesos más trascendentes: el origen en el golpe de Onganía, el intento trunco de sumarse a la campaña de Guevara en Bolivia, el *replanteo de la estrategia* luego de su

55. LANUSSE, *Montoneros*; DONATELLO, *Catolicismo y Montoneros*.

56. LANUSSE, *Montoneros*, pp. 95-100, 115-116, 139-141, 149-159.

57. GONZÁLEZ CANOSA, *Los futuros del pasado*, p. 131.

58. FAR, “Los de Garín”, *Cristianismo y Revolución*, 28, abril 1971, p. 56. En el ya citado documento “Con el fusil del Che” –el primero público de la organización–, las FAR también realizan un esbozo, aunque algo más acotado, de sus orígenes organizativos.



muerte, el formar parte de una alianza de grupos coordinados destinados a apoyar el relanzamiento del ELN bajo el liderazgo del boliviano Guido *Inti* Peredo, la “valorización de la experiencia peronista de nuestra clase obrera”, las primeras acciones armadas urbanas –todo este proceso entendido como el de las antecesoras de las FAR (las *proto-FAR*)– hasta la asunción del peronismo, momento de publicación del texto⁵⁹. La presentación resultó más ilustrativa que la de Montoneros y también fue más fiel al describir su composición, al esgrimir que estaba integrada por “gente que venía de la izquierda tradicional, algún peronista y mucha gente nueva, sin antecedentes políticos”⁶⁰ y que buscaba “desandar el camino de equívocos y malos entendidos” por los cuales muchos de ellos no habían comprendido el fenómeno peronista del que ahora, en virtud de considerarlo una “experiencia de nuestro pueblo”, se consideraban parte⁶¹.

La mayor fidelidad de la presentación efectuada por las FAR es algo que se puede aseverar a partir de varias consideraciones. Sus antecedentes organizativos se remontan a la unión de tres grupos diferentes, cuya militancia estaba conformada, casi en forma exclusiva, por excomunistas, en el caso de dos de ellos, y por integrantes del Movimiento de Izquierda Revolucionario-Praxis (MIR-P), del que se separaron para dar nacimiento a la efímera experiencia del Tercer Movimiento Histórico. A ellos se sumaron dos núcleos, uno cordobés y otro tucumano, a la hora de dar nacimiento a las FAR, el primero de ellos predominantemente conformado por activistas con una formación ideológica marxista, aunque no habían participado en ninguna instancia orgánica o *tradicional* de ese signo⁶². Este carácter de izquierda *independiente*, si vale emplear el término, lo hemos podido rastrear en varios militantes fundadores, mientras que la identidad peronista resultó mucho más difícil de hallar si nos atenemos al decir de un entrevistado que manifestó que uno de aquellos –Pablo Antonio González de Langarica– era considerado “el primer peronista de la *orga*”⁶³. Respecto a sus principales dirigentes, su carácter de militantes proveniente de la *izquierda tradicional*, en el decir de las FAR, era ostensible. Olmedo, Roberto Quieto y Marcos Osatinsky fueron cuadros provenientes de la Federación Juvenil Comunista (FJC), y el último llegó a figurar como secretario de organización del Partido Comunista (PC) en la provincia de Tucumán. Arturo Lewinger, por su parte, se integró brevemente en las filas juveniles del Partido Socialista Argentino antes de pasar a formar parte del MIR-P. Juan Roqué fue el único de los dirigentes de las FAR del que, si bien tenía una formación marxista, no se conoce que hubiera integrado ninguna agrupación de izquierda, más allá de su carácter de dirigente de los Comandos de Resistencia Santiago Pampillón, el núcleo cordobés que dio origen a las FAR en Córdoba.

Aunque se ha esgrimido que las FAR tendieron, en sus relatos de los orígenes, a invisibilizar retrospectivamente las discusiones y experiencias que surcaron sus “pasos previos”⁶⁴, lo cierto es que las mismas aparecen aludidas y problematizadas en sus documentos públicos, aunque fuese –cómo es lógico– para potenciar los

59. Ibidem, pp. 56-59.

60. FAR, “Con el fusil del Che”, p. 7.

61. FAR, “Los de Garín”, p. 64.

62. CUSTER, “En torno a la trayectoria de las Fuerzas Armadas Revolucionarias”, pp. 49-50; GONZÁLEZ CANOSA, *Los futuros del pasado*, pp. 120-124.

63. Entrevista del autor a Miguel Á. LAULETTA, 15-1-2019. En jerga militante, el apelativo *orga* se refiere a organización.

64. GONZÁLEZ CANOSA, *Los futuros del pasado*, p. 106.

posicionamientos planteados. Sin embargo, la enunciación y la forma de visibilizarlas contrastan notoriamente con Montoneros, cuyos antecedentes fueron expresamente soslayados. Pese a que se ha considerado que las FAR optaron, en una especie de último recurso, por una construcción simbólica reivindicadora de Guevara y su ligazón originaria con su proyecto político, ante el carácter indudablemente peronista de las FAP y el impacto mediático producido por el asesinato de Aramburu⁶⁵, dicha apropiación legitimadora no parece haber obedecido meramente a cuestiones de índole instrumental, ya que el legado guevarista constituyó una marca identitaria y perdurable en el grupo, algo que los Montoneros no se mostraron proclives a mencionar, ya que varios de sus dirigentes habían recibido instrucción militar en Cuba⁶⁶, al mismo tiempo que empezaron a escatimar las referencias a unos antecedentes católicos posconciliares que, en su estrategia comunicacional, marcarían el primer peldaño de su progresiva secularización⁶⁷.

Dichos relatos fundacionales, que soslayaron la procedencia católica predominante y el entrenamiento en Cuba (Montoneros) y reconocieron el origen y prevalencia de izquierda junto con la previa experiencia cubana y en ELN (FAR), se entrelazaron con un hecho instituyente (secuestro y asesinato de Aramburu y toma de la ciudad de Garín) y una definición política (explícitamente peronista y de raigambre guevarista) que, sin duda, cristalizaron en una presentación en sociedad que contribuyó a que Montoneros haya sido vista como *más peronista* y las FAR como *más de izquierda*, lo que refuerza una distinción que, paradójicamente, se hacía presente al mismo tiempo que ambas se reconocían como integrantes de dicho movimiento. Es cierto que la forma brevemente más tardía en que las FAR lo hicieron como peronistas, casi un año después de haber consumado su aparición pública, también operó en ese sentido. No obstante, al margen de este análisis centrado en los hechos y documentos públicos, que consideramos trascendental, nos resta indagar en cómo las divergencias señaladas impactaron en la percepción militante, tema del apartado siguiente.



La visión militante sobre Montoneros y FAR

La reconstrucción de los acontecimientos acaecidos en el pasado a través del uso de fuentes orales difiere de lo que se ha denominado, en sentido estricto, como historia oral, es decir, los estudios que toman a la memoria colectiva como un campo de indagación específico⁶⁸. Nuestra propuesta apela a la elaboración y utilización de

65. Esteban CAMPOS, *Cristianismo y Revolución. El origen de Montoneros*, Buenos Aires, Edhasa, 2016, pp. 126-129.

66. Un grupo reducido de militantes de los CCT se entrenó militarmente en Cuba a mediados de 1967, en coincidencia con otros núcleos de argentinos. El viaje se consumó a instancias de García Elorrio, quien viajó a la isla para participar en su carácter de delegado argentino en la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). Al menos, Abal Medina (primer líder de Montoneros), Ramus, Maza y Norma Arrostito, recibieron instrucción en suelo cubano. También habrían participado otros tres militantes más (Juan Belaústegui, Héctor Díaz y el Gallego Suárez) (Juan B. YOFRE, *Fue Cuba*, Buenos Aires, Sudamericana, 2014, p. 541; Entrevista del autor a Fernando VACA NARVAJA, 25/02/2023). Aquellos, luego de regresar a Argentina, confluyeron con otros para dar nacimiento a la organización (LANUSSE, *Montoneros*, pp. 154-167; CAMPOS, *Cristianismo y Revolución*, pp. 44-49).

67. DONATELLO, *Catolicismo y Montoneros*, pp. 115-116.

68. Alessandro PORTELLI, "El uso de la entrevista en historia oral", *Anuario*, 20 (2003-2004), p. 36, <https://doi.org/10.35305/eah.v0i20.205>.

documentos orales para someterlos a la misma crítica histórica por medio de la cual se analizan también las fuentes escritas. Eso supone, por un lado, efectuar una triangulación extensiva del conjunto de los documentos reunidos, tanto orales como escritos, para llevar a cabo un trabajo historiográfico lo más integral posible. También implica tener en cuenta las particularidades de ese tipo de fuentes⁶⁹. Las entrevistas están sometidas a una doble relación dialógica: entrevistado/entrevistador y tiempo pasado/tiempo presente. En el primer caso, el rol del primero es eminentemente activo a la hora de la elaboración del documento resultante y, por ende, debe ser considerado, en parte, como coautor. El segundo par remite directamente a la relación entre historia y memoria. El testimonio brindado en una época posterior a los sucesos rememorados está indudablemente sujeto a las presiones históricas de su contexto de producción (y deberíamos agregar, en parte *liberado* de las operantes en el pasado) y se encuentra desdoblado, por así decirlo, entre dos temporalidades diferentes ya que, en nuestra opinión, todo trabajo de memoria posibilita un ejercicio de objetivación de la subjetividad y experiencia anteriores⁷⁰. De hecho, la presión contextual condiciona también las investigaciones profesionales, como bien se ha demostrado a la hora de analizar la “estrategia democrática” que inspiró a parte de la producción académica elaborada durante la transición⁷¹. Ello no debería constituir un motivo valedero para que, pese a dicho obstáculo inevitable, desistamos de todo intento de objetivación, respecto del pasado y del presente, que debe impulsar la labor académica.

De modo más reciente, se ha reflexionado en torno a la reutilización académica de ciertos tópicos militantes –como las figuras del *desvío*, el *espejo* y el *quiebre*– que, inspirados en un intento de preservar los valores que impulsaron a la militancia revolucionaria, obstruyen una comprensión más profunda de las lógicas imperantes en dicha experiencia⁷². Esas nociones, que remiten a las ideas de pérdida de un rumbo auténtico (*desvío*), la imitación de prácticas y valores pertenecientes a otros actores (*espejo*) y la disociación entre la cúpula dirigente y la base militante (*quiebre*), están íntimamente ligadas a una categoría militante que tuvo extendida circulación en obras académicas: la *militarización*⁷³. De ella se ha valido gran parte de la intervención memorial con fines performativos que, si bien es una bibliografía siempre presente en la historia reciente, ha producido un cúmulo enorme de trabajos respecto de la militancia revolucionaria *setentista* y que podemos exponer por medio de dos ejemplos paradigmáticos: la explicación de la *deriva militarista* de Montoneros por medio de un

69. Dominique ARON-SCHNAPPER y Danièle HANET, “De Herodoto a la grabadora: Fuentes y Archivos orales”, en Jorge ACEVES LOZANO (comp.), *Historia oral*, México, Instituto Dr. José María Luis Mora, 1993, pp. 71-82.

70. Trevor LUMMIS, “La memoria”, en Dora SCHWARZSTEIN (comp.), *La historia oral*, Buenos Aires, CEAL, 1991, pp. 88-90, 97-191; PORTELLI, “El uso de la entrevista en historia oral”, pp. 41-43.

71. Alejandra OBERTI y Roberto PITTALUGA, *Memorias en montaje: escritura de la militancia y pensamientos sobre la historia*, Santa Fe, María Muratore, pp. 158-162.

72. Daniela SLIPAK, “Sobre desvíos, espejos y cúpulas. Las disidencias montoneras y las lecturas sobre los años setenta”, *Izquierdas*, 32 (2017), pp. 40-42 y 54-55, <https://doi.org/10.4067/S0718-50492017000100039>.

73. Una de las principales impugnaciones a la noción de *militarización* se encuentra en el trabajo de Vera CARNOVALE sobre el PRT-ERP (*Los combatientes*). No hay que perder de vista que el rechazo a la idea de *desvío militarista* como *muletilla de la exculpación* de quienes participaron en organizaciones armadas revolucionarias reconoce también antecedentes en ensayos militantes (críticos) de dichas experiencias (ver, por ejemplo, Carlos BROCATO, *La Argentina que quisieron*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985, pp. 31-39).

actor externo (las FAR)⁷⁴ y las figuras de *héroes, víctimas y enajenados* que recorren muchas de las alusiones a la contraofensiva estratégica impulsada desde el exilio por Montoneros en 1978-1980⁷⁵. Consideramos que el investigador debe distinguir la utilización *nativa* de ciertas nociones y explicitar la apropiación y/o resignificación analítica de ciertas categorías a la hora de establecer el instrumental y el bagaje teórico que considere más fructífero para indagar el pasado⁷⁶.

Con ese ánimo crítico, y luego de haber rastreado algunos aspectos que contribuyeron a que FAR y Montoneros materializasen dos formas diferentes de presentarse en sociedad, nos proponemos analizar, a la luz de testimonios recabados en la investigación de largo aliento que venimos desarrollando sobre la primera organización, cómo fueron efectivamente percibidas ambas agrupaciones por militantes que se identificaron con ellas y se integraron a sus filas entre fines de 1971 y principios de 1973. Ese marco temporal nos parece pertinente para evaluar el impacto producido en los activistas y la visión que forjaron de las organizaciones, mediante un ejercicio que contemple también la recepción y no quede ceñido a una indagación exclusivamente anclada en lo discursivo. Para ese fin, las entrevistas a protagonistas, usadas profusamente en los estudios de historia reciente versados en la militancia revolucionaria *setentista*, son una herramienta fundamental para adentrarnos en la dimensión de la experiencia de los sujetos que mejora nuestra comprensión de los fenómenos estudiados y posibilita una reconstrucción más humana y completa⁷⁷.

En la investigación en curso hemos instrumentado la técnica de la historia oral siguiendo los parámetros de la entrevista semiestructurada de final abierto⁷⁸ incorporando, en un formulario estandarizado de preguntas, dos cuestiones que albergan especial interés para la problemática abordada en este trabajo y que remiten a dos temporalidades diferentes: 1) La identificación político-ideológica con la organización que integraron y el porqué de dicha adhesión; 2) La forma en que se consumó su incorporación, ya sea a FAR o a Montoneros. Este escalonamiento suponía una identificación inicial con los planteos de la organización armada (momento previo) y la



74. AMORÍN, *Montoneros: la buena historia*. Hay que destacar que las Fuerzas Armadas han sido señaladas, de modo más frecuente, como ese actor externo que favoreció el *desvío* o *espejo*, aunque no deja de haber, por parte de militantes provenientes de las FAR (a diferencia de Amorín cuyo origen era montonero), recriminaciones opuestas respecto del rol jugado por Montoneros (ver notas 21 y 22). No obstante, el caso más emblemático es el de un investigador –Gillespie– cuya estigmatización montonera es simétricamente invertida por AMORÍN (ver nota 23).

75. Hernán CONFINO, “Héroes, víctimas y enajenados. Los motivos de los militantes de Montoneros que participaron de la Contraofensiva (1978-1980)”, *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, (2019), <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.78687>.

76. De hecho, las nociones de *militarismo, militarización y militarista* fueron empleadas profusamente por los propios actores, tal y como se advierte en numerosas fuentes escritas. Para la importancia de historizar el carácter polisémico de las categorías nativas, ver Gabriel SOPRANO, “Recorriendo el espinal de la política. Identidades, redes y escenarios políticos nacionales, provinciales y municipales en el peronismo”, en *Política y variaciones de escalas en el análisis de la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2009, p. 175.

77. Vera CARNOVALE, “Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en la Argentina”, en Marina FRANCO y Florencia LEVÍN (comps.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007, pp. 158-162; Pablo POZZI, “Historia oral y estudio de la guerrilla en la Argentina”, *Testimonios*, 2 (2011), pp. 5-6.

78. Dean HAMMER y Aaron WILDAVSKY, “La entrevista semiestructurada de final abierto. Aproximación a una guía operativa”, *Historia y Fuente Oral*, 4 (1990), pp. 23-26.

búsqueda posterior de integrarse en sus filas (momento de ingreso), cuestión que ha sido conceptualizada como la *radicalización ideológica* previa a la *radicalización política*, algo que se evidenció en la totalidad de las personas entrevistadas⁷⁹.

Esa afinidad ideológica, al no existir contacto directo con estructuras que eran celosamente perseguidas por las fuerzas de seguridad y que –en virtud de ello– debían someterse a estrictos criterios de seguridad y selección de sus cuadros, podía darse inicialmente por medio de las crónicas periodísticas de las impactantes acciones armadas realizadas y a través de la prensa militante (como *Cristianismo y Revolución* y *Nuevo Hombre*), que funcionaba como una verdadera tribuna de expresión de las organizaciones revolucionarias⁸⁰. Las entrevistas efectuadas a Olmedo, en las que argumentaba la necesidad de utilizar el marxismo como una herramienta de análisis para revalorizar el peronismo como experiencia de la clase trabajadora y como elementos indispensables para una estrategia revolucionaria armada en la Argentina, han sido señalados como fundamentales por algunos testigos a la hora de comprometerse orgánicamente, hasta valorarlas como una “piedra filosofal” o un posicionamiento “más sólido” en relación a lo sostenido por Montoneros, FAP o Descamisados⁸¹. No es casual que el líder de las FAR haya sido reconocido como el cuadro intelectual más lúcido dentro del espectro de las organizaciones armadas peronistas⁸², y por eso, que “Los de Garín” fuera republicado, dos años más tarde, al ser considerado “uno de los documentos políticos revolucionarios más importantes emanados del peronismo”⁸³.

158

No obstante, las disquisiciones conceptuales elaboradas por Olmedo no deben trasladarse mecánicamente al conjunto de las FAR, aunque sus cuadros dirigentes fuesen más versados en el marxismo que su contraparte montonera. Como anécdota, una de nuestras entrevistadas nos relató que, en una reunión previa a la fusión de ambas organizaciones, Firmenich (en ese entonces, líder de Montoneros) les recomendó como una buena lectura un libro sobre propaganda que estaba leyendo –el *¿Qué hacer?* de Lenin– lo que generó una reacción de sorpresa por ser una obra de formación inicial para quienes –como ella, Lewinger y Norma Arrostito⁸⁴ (presentes en el encuentro)– provenían de una tradición política marxista⁸⁵. La precepción de que los militantes de

79. OLLIER, *La pasión y la creencia*, p. 21. En la investigación en curso hemos entrevistado a 48 militantes; de ellos, 35 se integraron en las FAR y 6, en Montoneros.

80. Carlos I. CUSTER, “Con el fusil de Che: La estrategia de lucha armada de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) a través de su concepción, operativos y medios de difusión”, *A contracorriente*, 18/1 (2020), p. 100.

81. Entrevistas del autor a COSTA; Francisco RAMOS, 6-7-2018.

82. CALVEIRO, *Política y/o violencia*, pp. 109-110; Juan C. GARAVAGLIA, *Una juventud en los años sesenta*, Buenos Aires, Prometeo, 2015, p. 126.

83. FAR, “Reportaje a las FAR”, *Militancia peronista para la liberación*, 3, 28-6-1973, p. 37. Esa revalorización de los escritos y de la figura de Olmedo ha sido ligada a la postura crecientemente crítica que asumía la revista frente a la posición adoptada por FAR y Montoneros de cara a su inminente fusión: Mariela STAVALE, “Las revistas ‘Militancia Peronista para la Liberación’ y ‘De Frente con las Bases Peronistas’: una propuesta ‘alternativa’ para la identidad política del peronismo revolucionario, 1973-1974”, tesis de doctorado, Universidad Nacional de la Plata, 2018, pp. 134-136.

84. Arrostito aparece como la única militante original de Montoneros no católica y que había militado con anterioridad en el PC. Su vinculación con *Cristianismo y Revolución* y los CCT provino de haberse vinculado sentimentalmente con Abal Medina (Gabriela SAIDÓN, *La Montonera*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, pp. 67-84).

85. Entrevista del autor a Mercedes CARAZO, 12-12-2019.

las FAR, en virtud de esa formación intelectual, estaban más formados teóricamente que los montoneros era, además, una concepción que circuló en el activismo en el momento en que ambas organizaciones se integraron. Como nos comenta Graciela Iturraspe, militante de Descamisados y luego de Montoneros en la Zona Norte del Gran Buenos Aires,

Después nada resultó ser como ninguna de las partes suponía. Ni nosotros éramos unos *chantas* y brutos, ni ellos eran los dueños de la creación. Digo, estábamos todos más o menos parejos. Pero sí, por ahí aparecía una cosa más peronista, más populista que peronista, desde muchos de los que venían de Montoneros, y más estructurada, más de pensamiento científico en el análisis y demás, si querés, en algunos compañeros de las FAR. Pero eran algunos. Estoy pensando en *Diky*, este que te digo que era un *hipposo* total también venía de las FAR, y la *Flaca Soledad*, y no tenían nada que ver con la imagen que uno pudiera tener de un militante de las FAR. Entonces, era muy mezclado⁸⁶.

Lo interesante en este testimonio son dos cuestiones relacionadas. Como adelantamos, existía una prenoción que destacaba la mayor formación teórica y disciplina en el funcionamiento de los cuadros de las FAR por sobre los montoneros. Sin embargo, la entrevistada, en un típico ejercicio de memoria que implica una evaluación crítica sobre la propia experiencia⁸⁷, reconoce que, si bien ese estereotipo podría ser aplicable a algunos casos aislados, no podía, a riesgo de generalizarse arbitrariamente, ser extendido al conjunto de las militancias de ambas agrupaciones, citando como ejemplos a *Diki* y la *Flaca Soledad*, originarios de las FAR, con quienes compartió su ámbito de actividad en Montoneros.

No solo los posicionamientos políticos-ideológicos explican la identificación primigenia con una determinada organización. Uno de nuestros entrevistados, que formaba parte de la Juventud Revolucionaria Peronista (JRP) en el momento de producirse el *Aramburazo*, nos señaló el impacto que en él causó dicho suceso:

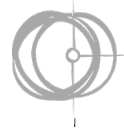
Cuando se da eso, nosotros teníamos esta percepción, nosotros tenemos que estar acá. Ya habían hecho Aramburu, tenían una organización de la puta madre, tenían un poder de fuego o eran los ídolos para todos nosotros, como organización, como peronistas, como todo. Entonces vos te ibas enamorando un poco de eso. Y habían hecho algo que jamás nadie se atrevió a hacer, que es tocar al poder a través de Aramburu. ¿Quién no lo festejó? ¡Qué me diga algún peronista que no festejó! Entonces, bueno, nosotros, ya digo nosotros porque éramos dos compañeros, que, bueno, no estábamos de acuerdo. Y cuando ya estábamos en Tucumán, en la cárcel de Villa Urquiza, ahí planteamos ya las diferencias [con la JRP]. Después no sabíamos qué íbamos a hacer. Sabíamos que queríamos arreglar con Montoneros, pero no sabíamos bien con quién, cómo, si se podía dar⁸⁸.

Este extracto también resulta ilustrativo en relación a otros dos temas. Por un lado, el carácter impactante del secuestro y asesinato de Aramburu que, en boca de alguien que integró previamente la JRP, podemos hacer extensivo a parte del espectro político conformado por el peronismo revolucionario o el activismo en proceso de *peronización*. No hay que olvidar que, desde principios de la década de 1960 y fruto –entre otros factores– del fracaso de la *Resistencia Peronista* y del impacto de la Revolución cubana,

86. Entrevista del autor a ITURRASPE. *Chanta*, en jerga coloquial, remite a la idea de una persona despreocupada e irresponsable. El vocablo *hipposo* se refiere a *hippie* y, en este empleo, más concretamente a alguien descuidado en su apariencia.

87. PORTELLI, “Lo que hace diferente a la historia oral”, pp. 45-46.

88. Entrevista del autor a Celedonio CARRIZO, 2-8-2017.



diversas expresiones juveniles venían, en forma marcadamente inorgánica, radicalizándose y buscando compatibilizar la convergencia entre peronismo y socialismo⁸⁹. Además, ese sector de *izquierda peronista* preexistente, que se nutrió de nuevas experiencias y reformulaciones ideológicas, también se veía acrecentado por el proceso de *peronización* acelerada que sufrieron sectores juveniles y de clase media a fines de la década y que, con ese nuevo influjo, pasaría a incrementar notablemente su poder de convocatoria y relevancia en el escenario político nacional⁹⁰. Hay que agregar que, como ha destacado Sarlo, el suceso de Aramburu tuvo la potencia de convertirse, a diferencia de otros hechos armados, en una marca identitaria que, con el correr del tiempo, se expresaba en las marchas al grito de: “Duro, duro, duro, estos son los Montoneros que mataron a Aramburu”⁹¹. En ese sentido puede interpretarse una frase atribuida a Carlos Hobert, otro de los dirigentes de Montoneros, quien habría alegado que “después de la operación de Aramburu podríamos habernos quedado en casa, sin hacer una operación más, que todo hubiese sido igual”⁹², manifestando con ello la repercusión lograda en favor de la organización producto del suceso.

Por otro lado, y pese a esa simpatía marcada con Montoneros, Carrizo se integraría en las FAR, luego de caer preso, ante la negativa de la primera organización de incorporar combatientes en situación de encarcelamiento. Ello expresa que, en consonancia con los sostenido por otro militante *farol* que “tranquilamente podría haber sido FAR o montonero, pero nunca me habría incorporado al ERP o a las FAL”⁹³, la identificación política peronista e ideológica con la lucha armada eran elementos fundamentales a la hora de decidir la integración a una organización político-militar. Si bien podría existir una simpatía marcada hacia una agrupación en particular (como el caso de Carrizo hacia Montoneros), ello perdía relevancia ante la posibilidad concreta de incorporarse a una organización armada que se identificaba con los lineamientos del

160

89. Para las transformaciones ideológicas que dieron forma al peronismo revolucionario durante la década de 1960, ver Marcelo RAIMUNDO, “Acerca de los orígenes del Peronismo Revolucionario”, en Hernán CAMARERO *et al.*, *De la Revolución Libertadora al menemismo. Historia social y política argentina*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2000, pp. 73-74; Juan A. BOZZA, “El peronismo revolucionario. Itinerario y vertientes de la radicalización, 1959-1969”, *Sociohistórica*, 9/10 (2001), pp. 135-136; Eduardo GURRUCHARRI, *et al.*, *La patria socialista: una historia de la corriente del peronismo revolucionario MRP-JRP-FRP-MR17-FR17*, Buenos Aires, 2020, pp. 30-31.

90. Daniel JAMES, “The Peronist Left, 1955-1975”, *Journal of Latin American Studies*, 8/2 (1976), pp. 281-284, <https://doi.org/10.1017/S0022216X00022008>; Germán GIL, *La izquierda peronista (1955-1974)*, Buenos Aires, CEAL, 1989, pp. 61-82; Mariano FRASCHINI, *El brazo izquierdo de Perón. Ideólogos y actores de la izquierda peronista (1955-1974)*, Buenos Aires, Álvarez Castillo, 2008, pp. 169-187.

91. Beatriz SARLO, *La pasión y la excepción*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pp. 135-136.

92. Entrevista del autor a RAMOS.

93. Entrevista del autor a Daniel WEIMER, 5-8-2018. *Faroles y montos*, en jerga partidaria, eran las formas de nombrar a los militantes de FAR y Montoneros, respectivamente.

peronismo revolucionario⁹⁴. Éste, hacia fines de 1972 y principios de 1973, sería progresivamente hegemonizado por FAR y Montoneros, tal como manifestaban las huestes crecientes de la Juventud Peronista (JP) con su canto: “FAR, Montoneros, son nuestros compañeros”⁹⁵.

En estos testimonios se revela el hecho de que una cosa era identificarse políticamente con las organizaciones armadas revolucionarias, en este caso peronistas, y otra muy distinta lograr un contacto que permitiese, eventualmente, efectivizar la incorporación que, en la jerga militante, significaba pasar a estar *encuadrado*. Por ello, en varias entrevistas nos fue señalada la expectativa y los esfuerzos realizados, una vez tomada la decisión de asumir la lucha armada –ya sea individualmente o en forma colectiva por medio de la reunión de pequeños grupos de estudiantes o amigos–, por conseguir un contacto con una *orga* que, en virtud de las actividades desplegadas, no podía manifestarse públicamente y debía respetar procedimientos propios de la clandestinidad⁹⁶. Recién entonces comenzaría un proceso que, mediando diversas tareas no armadas, culminaría con la integración del nuevo miembro. Como las FAR plantearon en uno de sus documentos internos, la incorporación debía efectuarse luego de que el responsable evaluara dos cuestiones fundamentales respecto del potencial candidato: por un lado, que contaba con “un acabado conocimiento de la línea político-militar y una absoluta coincidencia con sus propósitos” y, por el otro, debía deslindar ese compromiso de otras motivaciones que pudieran incidir en la decisión de “asumir una obligación de esta envergadura”⁹⁷, demostrando con ello las aptitudes que se consideraban básicas para emprender la senda del combatiente revolucionario.

Conclusiones

En este artículo hemos partido de una constatación reiterada en varias entrevistas llevadas a cabo a lo largo una investigación sobre las FAR concerniente a las visiones que tenían sus militantes respecto a los montoneros y viceversa. Lo expresado por numerosos exintegrantes de ambas organizaciones en cuanto a un carácter *más peronista* de Montoneros, cuando la procedencia católica abrumadoramente mayoritaria



94. Esto nos fue confirmado por varios testimonios. Para ilustrar con otro ejemplo, podemos citar el caso de la ya mencionada Graciela Iturraspe. Formando parte de un grupo de ocho estudiantes universitarios tomaron un curso sobre Franz Fanon y Paulo Freire porque les “habían pasado el dato” de que era gente de las FAP quien lo dictaba. En conjunto, habían decidido contactar a dicha organización porque “nos definíamos como peronistas, pero teníamos nuestras reservas con el General”. Sin embargo, luego de haber concluido el dictado de clases y de haber militado, separadamente, durante alrededor de cuatro meses en un barrio de la periferia bonaerense cumpliendo diversas tareas, le llegó la propuesta de incorporarse a la organización Descamisados. La decepción fue muy breve porque, igualmente, se integró en dicha agrupación que, además del trabajo barrial, aunaba la lucha armada y una definición peronista (entrevista del autor a Iturraspe).

95. La JP fue la estructura creada, en junio de 1972, para reorganizar y centralizar los numerosos agrupamientos juveniles, a instancias del propio Perón. El organismo quedó a cargo de Rodolfo Galimberti, quien ya estaba ligado a Montoneros, y se convirtió en un núcleo político y de agitación ligado, tanto a aquella organización, como a las FAR (Óscar R. ANZORENA, *Historia de la Juventud Peronista (1955-1988)*, Buenos Aires, Del Cordon, 1989, pp. 142-143).

96. Entrevistas del autor a COSTA; ITURRASPE.

97. COMISIÓN PROVINCIAL DE LA MEMORIA-FONDO DIRECCIÓN DE INTELIGENCIA DE LA POLICÍA DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES, Mesa Ds, 122 (leg.), varios (carp.), [FAR] “Obligaciones de los militantes y disciplina del grupo revolucionario”. S/f.

de sus miembros fundadores ha sido determinada por numerosos trabajos, se nos presentó como una inquietud digna de ser indagada. Para ello, en primer lugar, optamos por analizar los diferentes modos de presentación en sociedad que ensayaron tanto FAR como Montoneros para rastrear la existencia de divergencias que podían explicar dicha valoración. En la primera parte de este trabajo hemos podido determinar, por medio de una tarea comparativa, que tres elementos se conjugaron y complementaron para configurar una estrategia comunicativa tendiente a generar dicho efecto: el hecho armado fundacional, la definición política expresada y el relato de los orígenes. Montoneros eligió refrendar su existencia pública como organización peronista tomando como acto instituyente el secuestro y asesinato de Aramburu, figura antiperonista por excelencia, al tiempo que la procedencia católica de sus dirigentes y miembros fundadores fue, en gran medida, soslayada. En contrapartida, la presentación efectuada por las FAR contrastó con la ensayada por la primera al no haberse definido inicialmente como peronistas, hecho que las condujo, posteriormente, a efectuar un relato de sus orígenes tendiente a justificar y reforzar su posicionamiento, una vez que decidieron asumir el peronismo como un componente central de su identidad política. Esa *revalorización de la experiencia peronista* desde un origen de izquierda las llevó a plasmar una estrategia comunicativa en donde prevaleció la distinción para diferenciar a ambas organizaciones, aunque Montoneros, desde lo discursivo, optó por invisibilizar su raigambre predominantemente católica y articuló un relato caracterizado más bien por la mimesis, es decir, buscó invisibilizar las fuentes de divergencias.

162

Cabe destacar que las experiencias formativas de cada una de las organizaciones seguramente condicionaron dichas opciones. En el caso de las FAR, cuyo elenco militante original provenía del espectro de la izquierda, la adscripción al *guevarismo* fue determinante, no solo porque redefinió dentro de una matriz de pensamiento marxista el ideario primigenio, sino también porque implicó un involucramiento mayor al haber formado parte, luego de la muerte de Guevara, del intento de reconstituir el ELN. El elemento identitario que ello supuso para las FAR se vio plasmado, en el momento de su aparición pública, por el reconocimiento de Guevara como el *San Martín del siglo XX*. No es fortuito que se haya destacado como una de la *huellas de origen* de la organización el legado guevarista en su concepción político-militar⁹⁸. Para Montoneros, en cambio, la senda de la *peronización* parece haber estado menos mediada. Por un lado, la experiencia cubana, al haber sido más restringida y no haber interpelado en un grado similar a los futuros montoneros, no constituyó para ellos una marca identitaria tan importante como lo fue para el núcleo original que dio nacimiento a las FAR. Por otro lado, la naciente organización evidenció un rápido proceso de secularización que la llevó a soslayar, prácticamente, cualquier vestigio de una composición católica que era abrumadoramente mayoritaria entre sus dirigentes e integrantes fundadores.

El análisis, centrado principalmente en los documentos públicos de cada una de las organizaciones, nos condujo en ahondar en la percepción militante, a fin de complementar lo indagado en el plano discursivo, a través de memoraciones personales. Para ello, escogimos testimonios de militantes que se incorporaron a la lucha armada entre fines de 1971 y principios de 1973, tratando de rastrear las razones de su identificación e integración a una organización, a la luz de las divergentes presentaciones en sociedad efectuadas tanto por FAR como Montoneros. En ese punto, pudimos entrever que, al margen de una adhesión particular a una agrupación específica, como la simpatía hacia Montoneros por haber realizado el *Aramburazo*, lo

98. GONZÁLEZ CANOSA, *Los futuros del pasado*, pp. 256-259.

que resultó determinante, en varios casos, estribó en la posibilidad concreta de poder hacerlo. Es decir, para los activistas que se referenciaban en los lineamientos del peronismo revolucionario, la incorporación a las FAP, FAR, Montoneros o Descamisados podía resultar indistinta, siempre que consiguieran un contacto con alguna de ellas, teniendo en cuenta que expresaban una estrategia similar de aunar la identificación con el peronismo y la lucha armada como una metodología de intervención política en función de una transformación revolucionaria de la sociedad. En ese sentido, la adscripción al peronismo revolucionario y la adopción de la lucha armada se convirtieron en verdaderos puntales identitarios que acercarían las posiciones del grueso de las organizaciones armadas peronistas. El espacio que pasaría a ser denominado la *tendencia revolucionaria del peronismo* terminó por ser hegemonizado por FAR y Montoneros, luego del lanzamiento de la *alternativa independiente* que diferenció a las FAP y la sumergió en una crisis interna (desde fines de 1971) y la integración de Descamisados en Montoneros (a fines de 1972). Esas dos organizaciones que, a mediados de 1973, emprendieron el camino de su fusión, acarrearon tras de sí diferentes orígenes, bagajes ideológicos y trayectorias, así como también estereotipos y prejuicios contrapuestos que modelaron una imagen de *montos* (más peronistas, *políticos* y desorganizados) y *faroles* (más formados teóricamente y militarmente) cuyos contenidos operaron, de diversas formas, tanto en la percepción de los propios protagonistas como en la de algunos estudios académicos posteriores.

